

VEINTICINCO AÑOS DE MEDICINA ESPAÑOLA  
EN MEXICO\*

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS

**D**URANTE la segunda mitad del año 1939 y principios del 40, se produjo en la medicina mexicana un hecho insólito, del que no conozco antecedente similar en ningún otro país, ni pienso pueda volver a repetirse.

Sin aviso previo y casi sin consultar a los organismos directivos de la medicina, por una serie de contingencias políticas, que no es momento de analizar pero que todo el mundo conoce, obtuvimos carta de residencia y permiso de ejercicio en la República unos quinientos médicos españoles, llegados en grupo como exiliados políticos con el amparo del gobierno de México.

Las estadísticas consideraban en unos 5,000 el número total de médicos que en aquella época estaban registrados en el Departamento de Salubridad. De tal manera que el volumen de los recién llegados representaba aproximadamente el diez por ciento del cuerpo médico mexicano.

La acogida es evidente que fue inolvidablemente amistosa y cordial. Hubo, como es legítimo, protestas de algunos sectores médicos y a manera de recuerdo pintoresco señalaré la serie de artículos, firmados por el Dr. Oneto Barenque,\*\* donde se nos ponía como hoja de perejil, los cuales estaban dictados por su posición de secretario del sindicato médico más que por animadversión personal.

En otros medios: hospitales, clínicas, consultorios, la acogida fue francamente fraternal y superó en afecto y amistad todo lo más que podíamos esperar. Desde el mismo día de nuestra llegada se nos autorizó para ejercer la profesión. Esto es lo más inusitado de aquella situación; y antes de que el papeleo burocrático nos registrara, revalidara títulos y en general nos conocieran, ya eran muchos los

\* Trabajo de Sección (Historia de la Medicina) leído por su autor en la sesión del 26 de mayo de 1965.

\*\* Los nombres que aquí cito no se ponen más que con el propósito de fijar épocas y tipos de personas. Es seguro que podrían ampliarse y que faltan otras muchas figuras con méritos similares a los citados. Es más, incluso creo que también sobran algunos nombres, pero quiero recalcar que su presencia en el escrito es puramente simbólica destinada exclusivamente a corporizar alusiones, que de otra manera, quedarían abstractas.

médicos españoles que veían enfermos, establecían consultorios o se acomodaban en servicios del país, unas veces oficiales y otras no.

Expuesto el hecho, consideraremos cuáles fueron las condiciones y los hombres que formaron aquellos grupos que lo produjeron. No entraremos en definiciones políticas, que no nos pertenecen, ni en discusiones de tipo doctrinario para explicar las razones de nuestra venida. En el fondo es muy fácil comprenderlo y más para un país como México, cuya independendencia, desde Hidalgo hasta Juárez, se hizo siempre bajo la bandera del "liberalismo".

Los médicos mexicanos, lo entenderán todavía mejor. No les llamará la atención que los médicos españoles fuéramos liberales; pues precisamente, fue el pensamiento liberal el que renovó la medicina en México. A él le deben aquel *Establecimiento de Ciencias Médicas*, que todos veneran y es raíz y base del movimiento renovador médico mexicano.

Pero en España la cosa es distinta. Hace ya siglo y medio que Larra, el famoso escritor romántico y liberal —recogiendo experiencias anteriores—, aseguraba que: "en España el ser liberal, es ser emigrado en potencia", y una vez más se confirmó la regla y se cumplió el destino. Por eso estamos aquí.<sup>1</sup>

El conjunto del grupo español era de lo más abigarrado. Aunque en el fondo todos éramos médicos, la selección no se había hecho profesionalmente, sino por ideología política y situación geográfica en el momento de la salida. Naturalmente ésta era independiente de la edad, de la capacidad y de los conocimientos profesionales de cada uno. Dentro del grupo hubo grandes figuras con prestigio internacional; médicos ganados con labor sólida y madura, médicos anodinos y principiantes. Muchos vinieron a terminar aquí su vida de trabajo, otros a iniciarla.

Pi-Suñer, Otero, Lafora, D. Manuel Márquez, son ejemplos inolvidables de maestros que dirigieron nuestras vidas juveniles y llegaron ya reconocidos como primeras figuras de la medicina mundial. Varios de ellos fueron miembros de esta Academia. D'Harcourt, Bejarano, Puche, Cristian Cortés, Rivas Cherif, Torre Blanco, y otras varias decenas más representaban al médico español, todavía joven, pero ya con sólida preparación teórica y práctica, la mayoría de los cuales además, habían ya sobresalido en la cátedra y en la enseñanza. Algunos eran investigadores de primera fila, jóvenes y con grandes promesas, sólo recordaré a dos que están entre nosotros y cuya labor es de todos conocida: Isaac Costero y Rafael Méndez.

<sup>1</sup> La guerra civil española y sus repercusiones posteriores ha sido motivo en la actualidad de una extensa bibliografía que cubre los más diferentes aspectos del problema. Al lector interesado le aconsejamos como información inicial el libro de Carlos M. Rama, *La crisis española del siglo XX* (Fondo de Cultura Económica, México, 1960); la más detallada historia de Pierre Broué y Emili Témine, *La revolución y la guerra de España* (Fondo de Cultura Económica, México, 1962) y el libro de Hugh Thomas, *La guerra civil española*. (Ed. Ruedo Ibérico, París, 1962), que aunque lleno de errores y falsas interpretaciones, contiene, en cambio, una extensísima bibliografía sobre el tema.

Después vendría el extenso grupo de los médicos serios, preparados, dedicados a su profesión, capaces en su práctica y dedicados a ejercer modesta y eficazmente sin pretensiones docentes ni aspiraciones relumbrantes. El número fue elevadísimo. Todavía quedan muchos que siguen su intachable labor en la capital y en provincias. No podría citar nombres, son demasiados. Finalmente llegamos los más jóvenes, aquellos que apenas habíamos acabado la carrera cuando nos tocó incorporarnos al ejército. Teníamos ilusiones, deseos de hacer cosas, pero nos faltaba la experiencia y nos sobraba juventud.

Mas no se crea que todo era tan bello y ordenado como acabo de exponerlo. No faltaron entre los recién llegados quienes padecieran el complejo de superioridad que, tan frecuentemente, se produce en el europeo cuando cruza el océano camino de América. Tampoco estuvo ausente aquel que desde el primer día pensó liberarse de toda clase de miramientos dedicándose a lo que en España se llama "hacer la América": mezcla de trabajo sin medida, para enriquecerse sin escrúpulos.

Algunos llegaron sin terminar de estar hechos. Con muchas ilusiones e ideas en la cabeza; con un bagaje pequeño de conocimientos y mucha pedantería (que la pedantería es siempre hija de la ignorancia y de la superación sin motivo).

La picaresca española, la misma que desde hace siglos acompaña el espíritu español, también emigró con nosotros. Los Rinconetes y los Cortadillo llegaron entre los exiliados españoles de la misma manera que emigraron austeros representantes de la, también tradicional, vena mística y émulos del caballero de la triste figura. Y los médicos, tuvimos en nuestro grupo, elementos capaces de haber sonrojado al mismísimo Lazarillo de Tormes.

Esto no tiene importancia. Además de médicos éramos masa humana y toda comunidad humana, sobre todo si se la agrupa sin selección, y sin más aglutinante que las convicciones políticas que movieron nuestra emigración, contiene siempre elementos de todas clases. Nosotros no podíamos fallar en la regla y fue necesario centrarse en la realidad, seleccionar a los hombres, aprender muchas cosas, abandonar falsas posiciones, valorar el medio, colaborar con los buenos y condescender con lo malo.

Todavía es necesario recordar otra característica propia de nuestra emigración que, sin ninguna duda, influyó en el desarrollo de los hechos españoles en México. Muchos de los emigrados, o "trasterrados", como propone José Gaos que seamos designados, traíamos en nuestro grupo el espíritu de aquella *Junta para Ampliación de Estudios*, que tanto trascendió en la cultura española del siglo XX, y que a su vez, representa una faceta del movimiento intelectual emprendido, años antes, por D. Francisco Giner. La *Junta* fue el más alto instrumento de cultura que tuvo España. La presidió Ramón y Cajal, y en ella actuaron figuras tan notables, como Menéndez Pidal y José Castillejos. En el aspecto científico México recibió de esa *Junta* colaboradores ilustres como D. Ignacio

Bolívar, D. Blas Cabrera, D. Enrique Rioja. Todos ellos primerísimos exponentes de la ciencia española. Y en nuestro campo, fueron muchos los médicos españoles que llegaron después de haber recibido su formación en las más notables instituciones médicas de Europa a través de dicho centro. Creo que para indicarles la importancia de esta *Junta* y la enorme trascendencia que tuvo esta institución, bastará recordar que cuando la O.E.A. organizó, hace pocos años, su servicio de ayuda a investigadores y científicos, utilizó, calcándole al pie de la letra, el mismo reglamento que, redactado por José Castillejos, sirvió de norma al resurgimiento intelectual de España, en el primer tercio de nuestro siglo.<sup>2</sup>

Creo haber presentado suficientemente quiénes éramos. Veamos ahora quiénes nos recibieron. En primer lugar es necesario señalar: ¡Qué gran México fue aquél que nos recibió! Conservaba todavía en sus edificios y en su trato, un carácter del siglo XIX al que querían poner cara bronca los rescoldos revolucionarios. Había, sobre todo, fiebre de reconstrucción y había también, afortunadamente, un equipo de hombres con firme vocación de reconstruir.

Pocas veces se ha reunido un grupo de mexicanos tan heterogéneo y al mismo tiempo tan fiel a un mismo principio. Es posible que en los febriles años que siguieron a la Independencia pasara algo similar; pero la realidad, es que en 1939, para los que veníamos de fuera, México constituía un espectáculo impresionante y reanimador. Mientras en Europa acabábamos de destrozarnos mutuamente en España y se preparaban los demás países para emprender la carnicería definitiva; en México, todo eran ideas y hechos reconstructivos: de progreso, de fe en el futuro y de mejoramiento material y espiritual.

Los españoles, como siempre, de acuerdo con nuestro carácter, nos metimos en todo. Fuimos amigos de todo el mundo y la mayor parte pronto estuvimos tan identificados con el movimiento renovador que nos sentíamos mejor que en nuestra propia casa.

No se puede recordar sin emoción al grupo de aquellos mexicanos que sin conocernos apenas, sin saber quiénes éramos, nos admitía y nos empujaba a trabajar y a situarnos en el país, como si hubiéramos sido antiguos amigos. La lista sería inacabable, pero quién puede olvidar lo que hicieron por nosotros, en unos y otros campos, figuras como Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Diego Rivera, Ramos Millán, Ignacio Chávez, los Martínez Báez, Isidro Fabela, Héctor Pérez Martínez, Ignacio González Guzmán, Roberto Montenegro, Joaquín Iz-

<sup>2</sup> El movimiento intelectual español emprendido por D. Francisco Giner, constituye la más importante actividad cultural de España desde mediados del siglo pasado hasta la actualidad. A él se debe prácticamente todo lo que en materia educativa se hizo en España, desde la instrucción primaria elemental hasta los estudios de postgraduados universitarios. Ha sido motivo de extensísima bibliografía y aconsejamos al lector que dese ampliar su conocimiento recurrir al *Boletín de la Corporación de antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza...* que como continuación del similar español se publica mensualmente en México desde 1958 hasta la actualidad y al libro de Vicente Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza* (Ed. RIALP, Madrid, 1962).

quierdo, Martínez Villarreal, Obregón Santacilia, Rubén Romero, y tantos más de los que fueron ángeles tutelares de aquel grupo intelectual español que llegaba con ideas, energías, ganas de trabajar y ausente de centavos.

Nuestra llegada tuvo una faceta trágico-cómica en el grupo que había de recibirnos. Los hispanistas de abolengo, los que mantenían el fuego sagrado de la Madre Patria, que hubieran visto con gusto el retorno a la Colonia, nos resultaron hostiles; en cambio el grupo que nos acogió, de donde obtuvimos mayor ayuda y con los que nos sentíamos perfectamente hermanados y amparados, eran aquellos que sentían más profundamente las raíces ancestrales de México, muchos incluso indigenistas rabiosos, que por principio, debieran haber sido enemigos seculares de lo español. Siempre la vida está llena de paradojas.

La medicina de México, aquella a la cual deberíamos incorporarnos, estaba a nuestra llegada en momentos de reorganización. Acababan de producirse dos importantes acontecimientos dentro de su seno. La renovación de la Escuela de Medicina y la reestructuración del Hospital General. Era momento de iniciaciones. La enseñanza tomó orientación moderna. Se habían creado servicios nuevos y centros de investigación importantes dentro del Hospital General. El Laboratorio de Investigaciones Médicas estaba dando pruebas de su eficacia. El Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos era una realidad. Estaban listos los planos para el Instituto de Cardiología. El Hospital Infantil ya estaba en gestación; se planeaba, desde la Secretaría de Salubridad, el enorme auge hospitalario que vino más tarde, y en el Instituto Politécnico, la Escuela de Ciencias Biológicas había creado la carrera de medicina rural.<sup>3</sup>

Era el momento en que, superados los problemas bélicos de la Revolución, se comenzaba la época reconstructiva. En Medicina se estaba pasando de la etapa de heroicos autodidactas a la diseminación por todo el mundo de jóvenes preparados que habrían de traer al país los más recientes métodos y conocimientos.

La generación de maestros como Aquilino Villanueva, Ayala González, Torres Torija, Ignacio Chávez, Martínez Báez, Izquierdo, González Guzmán, Fournier, Ruiz Castañeda, Cosío Villegas, Gustavo Baz, Mariano Vázquez, Clemente Robles, Gutiérrez Villegas y tantos más, estaba en su apogeo y madurez. Apuntaba la de los impulsores de nuevas técnicas e ideas: Salazar Mallén, Efrén C. del Pozo, Sepúlveda, Morones, los hermanos Méndez, Miguel Jiménez, Enrique Cabrera, Juan Cárdenas, Aceves, Vaquero, Zubirán, Pesqueira, Velasco Suárez, Sodi Pallares, etc. Otra generación, aún más joven y con más bríos, estaba en las aulas presta a salir con todo ímpetu: Rosario Barroso, Felipe Mendoza, Francisco Durazo, Castelazo Ayala, Teodoro Césarman, Gabriel Alvarez, José Laguna,

<sup>3</sup> El panorama de la medicina mexicana en esos años queda perfectamente presentado en el libro *México en la Cultura Médica* (Ed. Colegio Nacional, México, 1947) del Dr. Ignacio Chávez, el mejor conocedor de estos hechos, en los que fue actor principal.

Ramón de la Fuente, Gómez Mont, Carlos Pacheco, Martínez Cortés, Báez Villaseñor, Eduardo Barroso, Sánchez Medal, Ortiz Monasterio, Escobar, Caso, etc.

La provincia estaba bastante apagada. Había algunas inquietudes en Guadaluajara, Puebla, Mérida y Monterrey; pero en general, no contaba todavía en el movimiento de renovación médica que acababa de iniciarse.

Descritos los dos grupos, y antes de reseñar ninguna labor, es preciso advertir que no hubo entre ellos ningún problema para su convivencia. Eramos diferentes. Teníamos dentro de una cultura similar y de una tradición muy parecida, formaciones técnicas distintas. Esta fue la razón principal del interés mutuo que se tuvieron ambos grupos y también, la base de su fecundidad al trabajar unidos.

Fue a partir de entonces cuando mexicanos y españoles colaboraron por primera vez en grandes grupos. No obstante nuestros puntos de contacto, nuestra similar tradición histórica, nuestras inquietudes comunes y nuestro único idioma; no habían bastado los viajes individuales para establecer corrientes de pensamiento científico y de labor conjunta entre México y España.

Los lazos aislados que pudieron tender en sus viajes a México Pío del Río Hortega y Francisco Tello, o los que tendieron Manuel Martínez Báez, José Joaquín Izquierdo y Clemente Villaseñor en España (insisto en que los nombres citados son puros ejemplos) fueron a modo de antenas exploradoras sin trascendencia ulterior para el país. En cambio, cuando el contacto dejó de ser personal para efectuarse en grupo, los lazos de unión se cerraron para producir obras efectivas y durables.

México absorbió al grupo español. Lo asimiló a su desarrollo y lo incorporó a sus trabajos. Pero es notorio, que el grupo extraño influyó también en el desarrollo de México y fue capaz de marcar su presencia en muchos hechos y actitudes de los que es en gran parte responsable y que son, precisamente, los que más nos interesa presentar aquí esta noche.

No podremos en ningún caso llegar al detalle de lo que ha sido el trabajo de los españoles en México. Son veinticinco años y quinientos médicos. El que más y el que menos, tiene siempre algo interesante en su haber y describirlo ocuparía un libro y no mediano. Por eso, agruparemos la labor en conjuntos de significación y resultados similares.

En primer lugar un elevado grupo de médicos se dedicó, desde el primer día, al libre ejercicio sin preocupaciones docentes, hospitalarias ni de investigación. Y es preciso advertir, que los médicos mexicanos no sufrieron, de inmediato, la competencia que nuestra llegada hubiera debido producirles, pues otro más de los hechos insólitos de nuestra emigración fue la llegada simultánea de médicos y pacientes. Los primeros años de nuestra estancia en México, los españoles, quitando alguna excepción, apenas contamos con otra clientela que la de nuestros propios compatriotas, muchos de ellos, canalizados hacia los médicos, por aquellas notables organizaciones de ayuda que se llamaron el S.E.R.E. (Servicio

de evacuación de refugiados españoles) y la J.A.R.E. (Junta de auxilios a los republicanos españoles).

Son tantos los que desarrollaron este aspecto de la profesión que es imposible citarlos; sin embargo hay dos inolvidables: Santiago Villanueva y Rafael Fraile por el enorme desinterés y apostolado que siempre imprimieron a su labor.

Marañón, en un libro póstumo, afirma "la gran importancia cultural que han tenido siempre y en todas partes, los maestros acarreados por la emigración: acaso —añade Marañón—<sup>4</sup> porque es útil para el magisterio la falta de familiaridad que da el paisanaje". Y el hecho se confirmó en México. Pronto, los profesores españoles llenaron los ámbitos universitarios de todas las facultades, y desde entonces hasta hoy, colaboran, al unísono, con el profesorado mexicano en la noble tarea de la docencia universitaria. Tal vez sea en medicina donde el grupo de profesores incorporados a la Facultad sea más pequeño en proporción con el número de emigrados. Sin embargo, no podemos olvidar la labor que desde la cátedra, han hecho figuras como Puche, Pérez Cirera, De Miguel Capella, Rafael Méndez, Costero, y Jaime Pi-Suñer en la Universidad. D. Manuel Márquez, Paniello, Germán García, Torre Blanco, Dutrén, Folch y Pi, en el Politécnico. López Albo Peyrí y Fumagallo en Monterrey, Herraiz y Aparicio en Pachuca, Ridaura en Tampico.

La labor hospitalaria también fue amplio campo donde los españoles tuvieron ocasión de desarrollar trabajos e ideas. Desde los primeros momentos vemos aparecer a los médicos emigrados en puestos hospitalarios de todo el país. En el Hospital General dejaron huella Carlos Parés, Germán García, Costero. La nómina inicial de Cardiología contaba con varios españoles, algunos en puestos de responsabilidad. El leprosoario fue dirigido algún tiempo por Julio Bejarano y en él actuó también Antonio Peyrí. Rivas Cherif colaboró desde los primeros tiempos en la *Asociación para evitar la ceguera*. Palencia trabajó al lado de Ruiz Castañeda en el Hospital General. El Hospital de la Beneficencia Española acogió, y conserva todavía, muchos médicos emigrados, entre los que sobresalieron, Otero, Bejarano, Encinas, Barnés, Germán García, Gómez Higuera, López Albo, Obrador Alcalde, Arim, Rallo, Rodríguez Mata y Capella que dirigió el hospital varios años. En el Hospital Muguerza de Monterrey fue decisiva la actuación de Romeo, López Albo y Fumagallo creando servicios y clínicas de nuevas especialidades.

Menos aparente fue la actividad de muchos españoles que ocuparon puestos en hospitales rurales o en servicios sanitarios de provincias, Jaime Valdés, en Matchuala, Aransai en Culiacán, Rico en Ciudad Valles. La Garriga y Salmerón en Veracruz y Jalapa. Y desde la organización del Seguro Social fueron

<sup>4</sup> Marañón, Gregorio: *Los tres Vélez. Una historia de todos los tiempos*. (Ed. Espasa Calpe). Madrid, 1960, pág. 34.

muchos los españoles que allí laboraron y siguen laborando en toda la República.

Un aspecto original de esta actividad clínico-hospitalaria fueron las sociedades mutualistas creadas por españoles a semejanza de las antiguas asociaciones españolas de "igualada". Sus principales representantes fueron *La Médico Farmacéutica* y la *Benéfica Hispana*. Hoy, el enorme desarrollo del Seguro Social las hizo ineficaces, pero en su momento cubrieron las necesidades de muchas familias y resolvieron problemas angustiosos.

También es indispensable recordar la influencia y el trabajo desarrollado por los médicos españoles dentro de la Industria médico farmacéutica de México. Fueron bastantes los laboratorios farmacéuticos fundados por médicos españoles. Pero hubo momentos en la historia de esta industria, en que casi el noventa por ciento del personal técnico y responsable de toda ella, estaba formado por españoles. Hoy el porcentaje es menor; pero ¿quién no recuerda en este campo a Jesús Jiménez, Fanjul, Cabrera, Valdecasas, Guardiola, Abaunza, Julio García, Aranguren, Domerio Mas, Pedro Tomás, Zarraga, Cortés, Lladó, Vilches, Antonio Giral, Puche, Folch, Dutré, Comesaña, Palencia, Carlos Martínez, Rioboo Soler, Pérez Lias, Arámburo, etc.? No es exagerado afirmar, que gran parte del impulso que esta industria ha tenido en los últimos veinticinco años, y su carácter nacional liberándola de la tutela extranjera, es en gran parte obra de exiliados españoles.

Otro aspecto que también resulta extensísimo es el de la literatura médica. No podríamos ni siquiera hacer un resumen de los varios miles de libros, monografías y artículos de revista que, redactados por médicos españoles, salieron en estos años.<sup>5</sup> Abarcan todos los campos y encontramos en ellos desde libros de vulgarización hasta tratados doctrinales y trabajos de investigación original. Apenas habíamos llegado, cuando ya en revistas y en libros aparecían trabajos de españoles. Otros cayeron en la tarea del traductor, que, como dice un ilustre escritor moderno, es el más "socorrido, ingrato y noble recurso de ganarse la vida en el exilio".<sup>6</sup>

Dentro de este mismo campo es necesario recordar también las diversas revistas médicas que, con vida más o menos precaria, fueron obra de españoles. Tampoco podríamos citar los nombres pero es indispensable recordar una:

<sup>5</sup> No se ha llegado todavía a confeccionar un catálogo de la obra escrita por los españoles en México. La mayoría de los trabajos de Fresco, Julián Amo, Carlos Martínez, etc., que citamos en la bibliografía han intentado recoger la parte más importante, pero no llegan ni a la mitad de lo existente. Sin agotar el tema es interesante el registro que desde hace años lleva el librero Esteban Vega, el cual, según informe personal, me aseguraba hace poco tiempo tenía más de 65,000 fichas de libros, artículos y monografías escritas por españoles en México de las cuales unas 3,000 correspondían a medicina y era el campo peor conocido por él.

<sup>6</sup> Teixidor, Felipe: "Prólogo" a la obra *La Vida en México*, de la Marquesa de Calderón de la Barca (Ed. Porrúa, México, 1959, pág. XXIII).

*Ciencia*,<sup>7</sup> por su gran altura científica, su continuidad desde nuestra llegada hasta hoy, y por ser una de las publicaciones que prestigian a México en el extranjero. Aunque la mayoría de sus fundadores, principalmente Cándido Bolívar y Francisco Giral, no son médicos, las investigaciones médicas de cierta elevación han recibido siempre cordial acogida en sus páginas.

Dejaremos para el final, aquellos campos en los cuales la labor española ha dejado mayor huella y ha contribuido, de manera más firme, al desarrollo de la medicina mexicana. Nos referimos al campo de la investigación. No fueron muchos los investigadores científicos llegados dentro del grupo. Algunos incluso se malograron desde el principio en la inevitable lucha por sobrevivir. Otros consiguieron posiciones en las que poder seguir sus trabajos. Aunque los campos en que ha producido frutos la investigación son muchos, sólo citaremos dos concretos en los que la labor de los españoles sirvió para prestigiar al país en el extranjero: Uno fue la anatomía patológica. De la misma manera que entre los filósofos mexicanos la llegada del grupo sirvió para establecer una derivación de la escuela filosófica de Ortega y Gasset.<sup>8</sup> En medicina pasó algo similar. Por una serie de circunstancias que no puedo explicar, con la llegada del grupo español se consolidó y tomó auge en México una rama de la notable escuela española de histólogos que fundara Ramón y Cajal, la cual es hoy orgullo de la medicina mexicana.

México tenía un ilustre representante de la escuela de Cajal. Mi querido y admirado Don Tomás G. Perrín era su discípulo directo y su devoto seguidor. Pero, por unas u otras causas, no había podido establecer una escuela que siguiese la trayectoria del maestro. Los patólogos mexicanos en 1939 eran escasos y les faltaba unidad y cohesión. A partir de su llegada Costero, discípulo predilecto de Río Hortega, se impuso la tarea de establecer una escuela, unirlos a todos y efectuar trabajos de investigación que elevaran, como se ha conseguido hoy, la anatomía patológica mexicana al mismo nivel de la más adelantada de cualquier parte del mundo.

Otro campo en el que la labor de los españoles hizo sobresalir la medicina mexicana con proyección internacional es el referente a las investigaciones farmacológicas y fisiológicas. Entre las primeras es indispensable recordar los trabajos de Rafael Méndez sobre Digital, que, como reconocen recientemente en la más notable publicación especializada de Estados Unidos, ha hecho cambiar por completo el concepto sobre la actividad y acción de esta droga, modificando todos los conocimientos anteriores. En cuanto al campo fisiológico no podemos

<sup>7</sup> Entre las revistas médicas fundadas por españoles es necesario recordar los *Anales del Ateneo Ramón y Cajal*, *Monterrey Médico*, *Archivos Médicos Mexicanos*, *Acta Médica Hidalguense*, además intervinieron en muchas de las que con propósitos publicitarios se editaron, y editan dentro de la industria químico-farmacéutica.

<sup>8</sup> El estudio de la influencia filosófica de la Escuela de Ortega y Gasset en México aparece en el artículo de Gaos citado en la bibliografía "Los «trasterrados»..."

olvidar los extraordinarios trabajos de Alvarez Buylla que son seguidos con enorme interés por todos los investigadores del mundo y pueden alcanzar a derribar conceptos tradicionalmente admitidos como inconvertibles.

Otros muchos campos, también recibieron impulso con nuestra llegada. Es innegable que la influencia de Otero, Torreblanco y Barnés, se dejó sentir en la ginecología. Dionisio Nieto hizo labor trascendental e importante dentro de la neurología. Pascual del Roncal influyó en el diagnóstico psiquiátrico. La arteriografía cerebral progresó con las aportaciones de Jesús Sánchez Pérez, la Oftalmología recibió en D. Manuel Márquez un maestro de calidad extraordinaria, al cual se debe la creación de la carrera de optometrista y en Rivas Cherif un investigador original que ha formado escuela. Bejarano influyó en la dermatología, Segovia aportó a la cirugía mexicana una obra de técnica quirúrgica fundamental. Victoriano Acosta y Pelayo Vilar influyeron en la Otorrinolaringología. Hasta la misma historia de la medicina encontró en el grupo español cultivadores que aportaron investigaciones originales.

Cada día esta influencia española en México se va diluyendo y desdibujando. Ha dejado su huella, pero las personas, por ley inexorable, desaparecen paulatinamente. De los quinientos iniciales apenas quedamos una tercera parte. Nos hemos continuado en otro grupo de médicos, salidos del grupo español, hechos en México. Pero bajo maestros mexicanos. Son los más jóvenes, mantienen la tradición y todavía mucha de la psicología española, pero son mexicanos en su formación. El grupo es muy grande, algunos llegaron niños, otros nacieron aquí. Bernárdez, Velao, Ramón Espinasa, Paz y Sadí de Buén, Aluja, Bruguera, Justo Caballero, Regueiro, Guarner, Purpón, Antonio Vila, Augusto Fernández, etc., son la herencia física que los españoles trasterrados dejamos a la medicina mexicana. La herencia intelectual queda en el espíritu de los libros, de las revistas y de las lecciones de cátedra.

Por estas razones he considerado que hoy, cuando una gran parte de los médicos a que nos venimos refiriendo reposan bajo la generosa tierra de México, y el resto nos encontramos totalmente incorporados en la vida médica del país, —sin mas diferencias que esa terrible *C* española que tanto hiere los oídos mexicanos—. Cuando cada uno ha alcanzado el lugar que sus medios y capacidades le permitieron; es una buena ocasión para hacer un recordatorio de nuestro éxodo y de su proyección en cinco lustros, y me encuentro autorizado por todo el grupo de los que somos, y de los que fueron, para expresar aquí, delante de lo más granado y notable de la medicina mexicana, la enorme deuda de agradecimiento y el profundo afecto, que todos los médicos españoles profesamos al pueblo de México, en general, y a los médicos mexicanos en particular.

## REFERENCIAS

1. Amo, Julián y Charmion, Shelby: *La obra impresa de los intelectuales españoles en América, 1936-1945*. (Standford University Press). Standford, Cal., 1950.
2. Anónimo: *España en América, La aportación de la emigración española a la cultura continental*, folletito editado con motivo de la VIII Feria Mexicana del Libro, México, 1960.
3. Flores Longoria, S.: "La Emigración Republicana Española", *Vida Universitaria* (Monterrey), 17 de junio de 1959, pág. 5.
4. Fresco, Mauricio: *La emigración republicana española. Una victoria de México*. (Editores Asociados) México, 1950.
5. Gaos, José: "Los «trasterrados» españoles en la filosofía de México", *Memoria del Congreso Científico Mexicano*, Tomo XV, pp. 710-730, México, 1953.
6. Gaos, José: "Confesiones de un trasterrado". *Boletín de la corporación de antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, del Instituto Escuela y de la Residencia de Estudiantes de Madrid*. Suplemento al n. 61 de junio de 1963.
7. Martínez, Carlos: *Crónica de una emigración. (La de los Republicanos Españoles en 1939)*. (Ed. Libro Mex). México, 1959.
8. Martínez Báez, Manuel: "Palabras pronunciadas en el Homenaje a don José Giral". *Homenaje a don José Giral* (Ed. Acción Republicana Democrática Española). México, 1963.
9. Muñoz, Máximo: *Grandeza y tragedia de la emigración republicana española*. (Ed. del Ateneo Español de México). México, 1955.
10. Peyri, Antonio: *Els metges catalans emigrats*. (Ed. Club del llibre catalá). Col. Estudis i documents, no. 6, México, 1963.
11. Rioja, Enrique: "Ciencia española perseguida y nómada". *CNT*, Año V, n. 39, enero de 1960, pág. 4.
12. Rioja, Enrique: *Los biólogos y naturalistas españoles en el destierro*. Conferencia pronunciada en el Ateneo Español de México, el día 18 de noviembre de 1954 en el ciclo "Quince años de Exilio", inédita.
13. Vila, Artemio: "Sobre la labor de los científicos españoles exiliados en Francia", *Ciencia*, T. VIII, pp. 84-87 y 131-135, 1947.
14. Como la bibliografía directa sobre este tema es muy escasa y se encuentra desperdigada en revistas y boletines periódicos, aconsejamos buscarla también en las siguientes publicaciones:  
*Boletín informativo de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero* (Sección de México.) Empezó a publicarse en agosto de 1943.  
*Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles*. Publicación muy irregular pero con notable información.  
*Ciencia*. Revista científica que recoge desde 1940 en sus secciones multitud de noticias sobre científicos exiliados.  
*Boletín al servicio de la emigración española*. Empezó a partir de 1939 y alcanzó a publicar muchos números.  
*Frente Universitario Español*. Publicaciones irregulares en extensión y fecha.  
*Benéfica Hispana*, boletín de la sociedad mutualista de igual nombre que duró más de un año en 1950.  
*Romance*, revista literaria y cultural que apareció desde febrero de 1940 a mayo de 1941.  
*Anales de Medicina del Ateneo Ramón y Cajal*, aparecida en 1943 que alcanzó con irregularidad hasta julio de 1947.  
*España Peregrina*, publicada desde principios de 1940.  
Y en muchas de tipo general como *Cuadernos Americanos*, *Cuadernos de la Cultura*, *El Hijo Pródigo*, etc.

COMENTARIO AL TRABAJO "VEINTICINCO AÑOS DE  
MEDICINA ESPAÑOLA EN MEXICO"\*

DR. IGNACIO CHÁVEZ

**E**N ADMIRABLE visión panorámica, nuestro colega en la Academia, el doctor Germán Somolinos, acaba de presentarnos un rápido compendio de lo que significó para ellos y para México la llegada en masa de un medio millar de médicos españoles, trasplantados aquí hace un cuarto de siglo. Eran sólo un pequeño grupo incluido en la inmensa masa forzada a emigrar al término de la Guerra Civil de España.

Dentro de la tragedia que encerraba ese movimiento, hubo dos hechos históricos felices que quiero destacar, porque son motivo de orgullo. Es el primero el hecho insólito de un país que, frente a la tragedia, abre de par en par sus brazos para recibir a millares de universitarios españoles y les autoriza, por ley, el ejercicio inmediato de sus profesiones, pasando por alto los obstáculos tradicionales de tipo migratorio, los trámites burocráticos y aun las exigencias escolares. Este acto de generosidad humana es legítimo ponerlo en el haber del Gobierno mexicano.

El otro hecho, en cambio, es galardón muy propio de nuestro gremio. La generosidad del Gobierno fue completada con la aceptación gozosa y prácticamente universal de parte de los médicos mexicanos. Nadie invocó para oponerse, las prácticas establecidas ni los convenios de reciprocidad. Que hubo excepciones mezquinas, eso es cierto; pero una frase feliz nos dice que una gota en el techo no significa lluvia. En la realidad, la profesión médica de México no mostró celos en lo académico ni alegó temores en lo económico, por razones de concurrencia.

En ese aspecto hubo un hecho típico, que quiero recordar en honor de los médicos del Hospital General. Un día recibí la visita de un ilustre maestro, don Tomás Perrín, quien acababa de saber que el doctor Marañón se había refugiado en Francia. Venía a preguntarme si era posible invitar a ese eminente catedrático.

\* Leído por su autor en la sesión del 26 de mayo de 1965.

tico y ofrecerle aquí facilidades de trabajar y de enseñar y de proseguir sus investigaciones. Yo era a la sazón director del Hospital General, donde acababa de librarse una dura batalla para crear la carrera de Médico de Hospital y obtener un estatuto que estableciera diferentes jerarquías profesionales, asegurara los derechos de ascenso y de inamovilidad e impidiera la entrada de médicos por simples acuerdos oficiales.

Frente a la ocasión magnífica, reuní al personal médico y le pedí su aprobación para incorporar, eximiéndola de todo requisito estatutario, a una personalidad tan brillante como era Marañón y para entregarle la jefatura de un Servicio de medicina. Eso entrañaba, por supuesto, que quienes estuvieran avocados a la plaza, deberían ceder sus derechos. Y fue un espectáculo hermoso el de las manos levantadas, en gesto unánime, para autorizar la entrada al hospital del ilustre desterrado.

Hablaba yo de dos hechos históricos de aquel tiempo. Me refiero al grande, al enorme beneficio que recibimos al incorporar a la vida médica del país a los colegas españoles exiliados. Entre los llegados había un grupo selecto, de calidad extraordinaria. Eran, sobre todo, los que España había formado penosamente, amorosamente, enviándolos primero al extranjero, a merced de una bolsa de viaje de la "Junta para la Ampliación de Estudios" y después, a su regreso, allegándoles todos los elementos necesarios y el ambiente propicio para madurar. Todo ese esfuerzo que hizo España y al que debió, en el primer tercio del siglo, su rápida transformación en las ciencias y en las humanidades, nosotros lo recogimos. Fuimos nosotros los beneficiarios. Quizá, de momento, España no supo todo lo que insensatamente perdía lanzando al destierro a lo mejor de sus intelectuales: Ortega y Gasset y Pío del Río Hortega lanzados a Argentina; Pi-Suñer a Venezuela; Pittaluga a Cuba; Casals a Puerto Rico, y una legión a México; España no podía sufrir una peor hemorragia. Nosotros, en cambio, sí nos dimos cuenta de lo que con ellos ganábamos.

Los médicos españoles vinieron a México en el momento preciso en que, apenas iniciada la transformación de la medicina dos o tres lustros antes, el ritmo de su avance cobraba impulso. Ya el doctor Somolinos, como sutil historiador que es, acaba de fijarlo con precisión. En ese momento de las transformaciones la ayuda de los recién llegados nos fue preciosa. Aun se dio el caso de que algunos prácticamente iniciaran el desarrollo de su rama.

Tal es el caso de la anatomía patológica, que Isaac Costero revitalizó a partir de 1937. Apenas salido de España, poco antes de terminar la guerra, le invité para incorporarse como patólogo al Instituto Nacional de Cardiología, que por esa época era sólo un proyecto. Mientras tanto se le adscribió al Hospital General, para que iniciara la formación de un grupo de discípulos. Desde entonces está en esa obra y son ya más de 60 los patólogos que ha entregado a México y a Latinoamérica.

Tal fue también el caso de la farmacología, poco cultivada aquí como disciplina experimental y a la que se incorporaron Ramón Pérez Cirera, llegado asimismo en 1937 y después Francisco Guerra, en 1939, y varios años después Rafael Méndez, que desde su laboratorio del Instituto de Cardiología viene formando un brillante grupo de discípulos.

Hubo otros más que llegaron reciamente preparados, maestros ya de su ramo, como Márquez en Oftalmología, como Lafora en Neurología, como Otero en Gineco-obstetricia, como Bejarano en Dermatología, para no referirme sino a unos cuantos; todos ellos dieron y algunos siguen dando una contribución inapreciable.

Del grupo entonces juvenil, fueron muchos los que vinieron a madurar y a producir aquí. En esta obra de beneficio mutuo, el dar y el recibir se convirtió en un trueque fecundo. Tal es el caso, justamente, de Germán Somolinos, en quien las bases científicas que trajo no fueron obstáculo para que sobre ellas cultivara amorosamente la historia de la medicina, a la cual ha allegado, en los últimos años, valiosas contribuciones.

Si ahora, en la Academia de Medicina, una voz española nos dice con verdad y con emoción cómo valúan ellos, "los trasterrados", sus veinticinco años de vida médica en México, me parece debido que una voz mexicana diga cómo hemos valorado nosotros su obra —hablo del grupo selecto que vino lleno de preocupaciones académicas— y cómo hemos sabido estimar su aportación. Para nosotros tuvo mucho de fermento, que contribuyó a vigorizar la medicina en este país, la vieja Nueva España, en la que, a diferencia de sus antepasados, ellos no fueron extranjeros ni un solo día.